

Actualidad viva de Gregorio Marañón

Alfonso Aguilar

En la persona de Gregorio Marañón se cumplió aquello de que: “Médico que sólo de Medicina sabe, ni de Medicina sabe”. Fiel a esta célebre frase no le fueron ajenas, además de la práctica médica, la historia, la literatura e, incluso, la inquieta vida política de principios del siglo XX. El doctor Alfonso Aguilar perfila un retrato de Marañón y de sus múltiples y fundamentales facetas.

Por gra ve que sea la tempestad que agita la superficie de nuestro tiempo, por glorioso que sea el siglo a donde descendemos, el alma del hombre discreto se dilata y conforta al quitarse la escafandra del investigador y respirar la atmósfera de la actualidad viva.

G.M.

Hombre austero, humanista y liberal fue Gregorio Marañón, considerado como uno de los más brillantes intelectuales españoles del siglo XX. En él se cumplió con generosidad aquello de que “Médico que sólo de Medicina sabe, ni Medicina sabe”, ya que cultivó, bastante bien, diversas facetas aparte de la de médico: fue escritor, historiador, moralista y político aun cuando él se consideraba, ante todo médico. “Gregorio Marañón y

Pesadillo, Médico”, decían, sin duda por expresa disposición suya, las esquelas que comunicaron a los españoles su muerte. Al momento de que ésta aconteció, su sepelio dio lugar a una de las manifestaciones de duelo más importantes que Madrid haya conocido. Marañón nació en la capital española en mayo de 1887 y falleció en esa misma ciudad en marzo de 1960, sin que esto haya significado que siempre estuvo ahí porque padeció el exilio desde 1936 hasta 1942, durante el cual estuvo en Francia, Uruguay, Argentina, Chile, Brasil y Perú. Diez años antes, en 1926, al ser acusado de participar en la sanjuanada contra la dictadura de Miguel Primo de Rivera se le había condenado a un mes de prisión y a una multa de cien mil pesetas, después de lo cual decidió ir a Cuba en

donde permaneció por breve tiempo. En 1931 tras la caída de la dictadura, junto con José Ortega y Gasset y Ramón Pérez de Ayala, firmó un manifiesto con el título de “Agrupación al Servicio de la República” a la que luego se incorporó Antonio Machado y el 14 de abril de ese año se celebró en su casa la histórica reunión entre Niceto Alcalá Zamora y el Conde de Romanones donde se decidió el exilio de Alfonso XIII y la proclamación de la República. En junio fue elegido diputado de las Cortes Constituyentes. Su participación en política, que en mucho contribuyó a los importantes sucesos que se dieron en España en la década de los treinta del pasado siglo XX, por sí sola le hubiera hecho obtener merecida fama. Pero como escritor Marañón se ganó un puesto singular entre los grandes prosistas de dicho siglo. La expresión escrita marañoniana se caracteriza por la sencillez, la claridad, la transparencia y su fluyente y espontánea ligereza. La obra de Marañón como historiador ha contribuido de muy notable modo al prestigio universal de su figura: *Ensayo biológico sobre Enrique IV de Castilla y su tiempo*, *Las ideas biológicas del Padre Feijoo*, *El conde-duque de Olivares*, *Tiberio. Historia de un resentimiento*, *Luis Vives, un español fuera de España*, *El Greco y Toledo* son los títulos más representativos de su faceta historiográfica. Las descripciones biográficas de Marañón suelen ser como la personificación de una pasión o de un carácter, biológica y psicológicamente comprendidos: *Enrique IV de Castilla y su tiempo* y su peculiar constitución sexual; *El conde-duque de Olivares* y la pasión de mandar.

La amplia monografía que lleva por título *Antonio Pérez. El hombre, el drama, la época* —figura a la cual llegó Marañón así como a la de Luis Vives, por la viva sugestión que sobre él ejerció el tema de los “españoles fuera de España”— es, sin duda, por la riqueza de su documentación y por la maestría con que el personaje y la época están tratados, la cima de cuantas Marañón consagró a la historia. También fue moralista, en el sentido que los franceses suelen dar a esta palabra, esto es,

escritor aficionado a considerar la vida humana con un acento comprensivo y ético. Una serie de libros que escribió en tal sentido acredita esta otra de sus facetas: *Biología y Feminismo*, *Sexo, trabajo y deporte*, *Amor, conveniencia y eugenesia*, *Amiel. Un estudio sobre la timidez*, *Vocación y ética*, *Psicología del gesto*. La dignidad moral de la vida humana, la idea de que esa dignidad se conquista ante todo inventando generosamente deberes propios y sirviendo con devoción a una de las vocaciones que Marañón llamaba “del amor”, una dedicada comprensión de todo cuanto en la existencia del hombre no sea permanente abyección moral, son los temas principales en que el liberalismo del moralista Marañón solía expresarse.

En su práctica médica fue internista general, pero desde los primeros años de su ejercicio se orientó preferente y destacadamente hacia la endocrinología clínica, especialidad dentro de la que se le considera como uno de sus talentosos pioneros. En 1911 publicó *La sangre en los estados tiroideos*. En ese mismo año dio a conocer investigaciones anatómicas sobre el aparato paratiroideo. En 1913 publicó *Las glándulas de secreción interna y las enfermedades de la nutrición* y en 1915, *La doctrina de las secreciones internas, su significación biológica y sus aplicaciones a la clínica*. Escribió un total de treinta y ocho libros sobre medicina y endocrinología amén de numerosísimos artículos y monografías científicas —más de quinientos— de tópicos médicos y prologó doscientos veinte libros sobre medicina. A su profunda preparación médico científica añadía una enorme destreza y observación clínica. En medicina se denomina *signo* a un síntoma objetivo —visible o detectable— de una enfermedad o estado que el médico reconoce o provoca, y se da el apelativo de *síndrome* a un cuadro o conjunto sintomático o, lo que es lo mismo, a una serie de signos y síntomas que existen a un tiempo y definen clínicamente un estado patológico determinado. Marañón, por esa destreza y observación clínica que tenía, dejó honda huella en los anales de la clíni-



Gregorio Marañón y José Ortega y Gasset, Buenos Aires, 1940



Rosa Spottorno y Gregorio Marañón, Buenos Aires, 1940

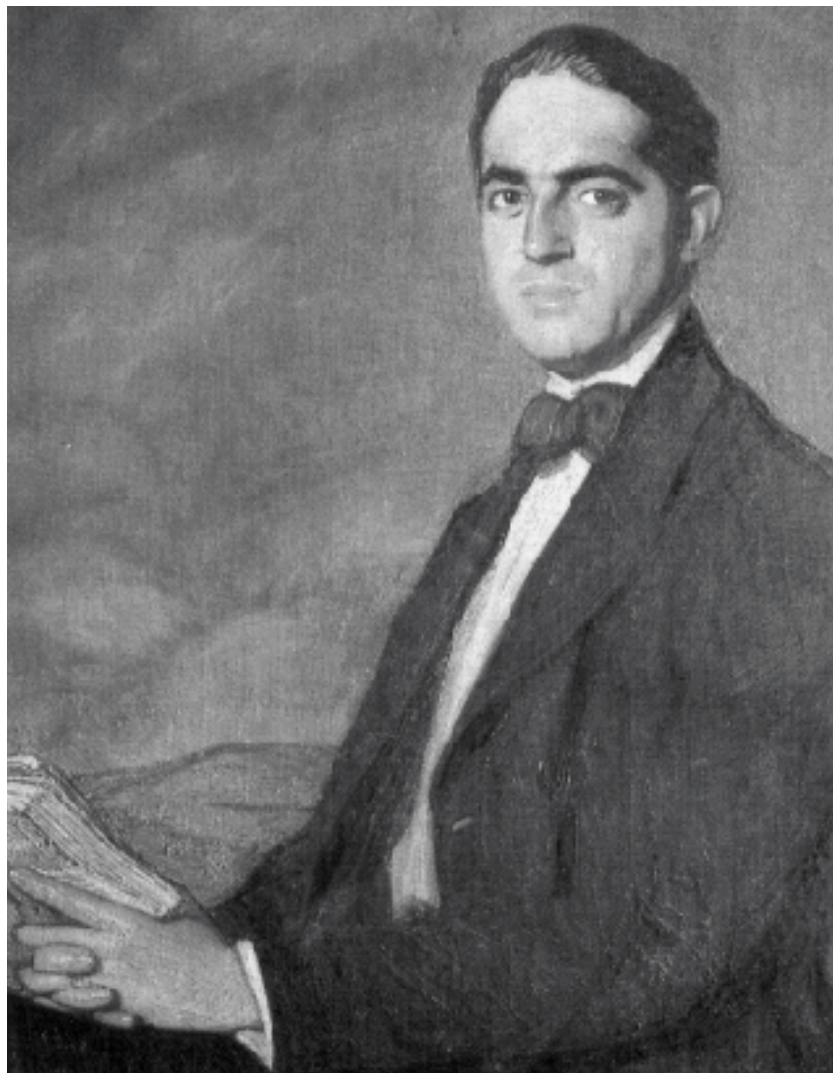


Gregorio Marañón, Lola Membrives y José Ortega y Gasset, Buenos Aires, 1940



Gregorio Marañón, José Ortega y Gasset e Ignacio Zuloaga en Zumaya, 1945

ca médica. El “signo de Marañón” consiste en friccionar, con un objeto obtuso, la región tiroidea en quienes padecen hipertiroidismo, provocándose enrojecimiento persistente. También estableció el “síndrome de Marañón” conformado por esclerosis, pie plano y trastornos en los nervios espinales relacionados con la insuficiencia ovárica. Igualmente, en clínica se da el nombre de “mano hipogenital de Marañón” a una mano fría, cianótica o amoratada, hinchada y con distrofia de las uñas, característica de quienes sufren hipogonadismo o subdesarrollo del aparato genital. Como español, Marañón se desempeñó activamente tanto en la vida pública de España como en la intelectual a través de su pluma. Entre los españoles de su ayer admiró y quiso especialmente a Luis Vives y a Feijoo; esa admiración y ese afecto tuvieron por fundamento su común intento de enlazar la inteligencia, el amor a España, la visión cristiana del mundo y la ocasional actualidad de la historia universal. No sólo esos dos españoles de su ayer fueron ídolos de Marañón, también otros de su época como Ramón y Cajal, Menéndez Pelayo y Pérez Galdós. Este último fue amigo de su padre, Manuel Marañón, quien con frecuencia, acompañado de sus hijos, visitaba al afamado autor de *Episodios nacionales* en su magnífica residencia de “San Quintín” que encerraba tesoros de inestimable valor para los amantes de la cultura. Entre éstos se encontraban los dibujos originales que ilustraron los *Episodios...*, una mascarilla de Voltaire, un retrato de Wagner, la leyenda grabada sobre el sepulcro de Shakespeare en un trozo de madera. Pero no sólo en el espíritu de la España pretérita y de la España posible tuvo su pábulo el vehemente españolismo de Marañón; lo tuvo también en el cuerpo físico de la España real: sus tierras, sus diversos grupos humanos (el castellano, el catalán, el andaluz), sus multiformes costumbres populares, su cocina, sus vinos y, desde luego, su gusto por las corridas de toros. Platicaba con frecuencia cómo su padre le comentaba que el 19 de mayo de 1887, en que su madre, Doña Carmen Pesadillo, le dio a luz a él y a su gemelo Luis, se había efectuado la segunda exitosa corrida de la clásica feria madrileña de San Isidro en la que alternaron Rafael Molina “Lagartijo”, Francisco Arjona Reyes “Currito” —hijo del famoso Curro Cúchares— y Ángel Pastor, el toledano de Ocaña, a quien los madrileños habían visto torear la corrida regia con motivo de la boda de Alfonso XII. Marañón, a excep-



Ignacio Zuloaga, Gregorio Marañón

ción hecha de cuando se le acumulaba el trabajo, acudía tanto a corridas formales como a novilladas que tenían lugar en Las Ventas a las que asistía acompañado de sus más queridos amigos: Guillermo Rolland, Juan Antonio Martín Montalvo y Luis López Dóriga. Una de esas tardes domingueras, la del 16 de mayo de 1920, Marañón se encontraba en su despacho concluyendo algunos trabajos pendientes cuando cerca de las siete de la noche, recibió una llamada telefónica de su cuñado, Miguel Moya, quien dirigía el diario *El Liberal* para informarle que en la Plaza de Toros de la Reina, el toro “Bailaor”, de la ganadería de la viuda de Ortega, había segado la vida de Joselito. Ante tan impactante noticia don Gregorio olvidó su “Belmontismo” y quiso tener una información más amplia de lo ocurrido porque se le hacía

La expresión escrita marañoniana se caracteriza por la sencillez, la claridad, la transparencia y su fluyente y espontánea ligereza.



Gregorio Marañón rodeado por don José María Pemán, Joaquín Calvo Sotelo y Juan Ignacio Luca de Tena



José Ortega y Gasset, Gregorio Marañón, Antonio Machado y Ramón Pérez de Ayala, Segovia, 1934

difícil creer que a Joselito le hubiera matado un toro. Moya incorporó al trabajo, a la redacción y al personal del taller, con el fin de sacar un número especial de *El Liberal* y poder informar pronta y puntualmente a los lectores. Esto infringía la ley del descanso dominical lo que motivó que el periódico fuese sancionado por el alcalde y por el gobernador civil. Esto se vino a sumar al ya caldeado ambiente social de Madrid bajo el signo de las huelgas; primero la de los panaderos y después la de los albañiles que hacían un total de veinticinco mil trabajadores, masa abrumadora que produjo desórdenes en la calle.

De hecho Gregorio Marañón con mayor antelación a la Organización Mundial de la Salud —OMS— intuyó que la mejor definición de salud es la que consiste en “el bienestar físico, psíquico y social de los individuos” y que detrás de toda alteración orgánica está un componente anímico y un componente social que si no se toman en cuenta, principalmente el segundo, poco o nada se puede entender y atender a un enfermo. Por ello es obligación ética y profesional de quienes ejercen la medicina no sólo saber de ésta, sino de muchas otras asignaturas además de tener un amplio acervo de cultura y conocimientos de los ámbitos en los que se mueven los pacientes.

Por sus convicciones políticas, Marañón padeció la marginación en los ámbitos académicos. Luego de diez años de este último avatar, pronunció, al fin, la lección inaugural del curso oficial de Endocrinología 1946-

1974 en la Facultad de Medicina de Madrid, momento en el que dijo lo siguiente:

Me perdonaréis si empiezo recordando aquello que por estar en la mente de todos debería callarse: aquello de “decíamos ayer” que inmortalizó uno de los más insignes españoles de todas las épocas, el gran maestro de teología en Salamanca Fray Luis de León, al reiniciar sus clases luego de haber estado en prisión largo tiempo. Mi “decíamos ayer” es también una sincera expresión de olvido de los años tristes como los borró de su mente aquel insigne teólogo, porque esos años de ausencia ahora veo que han sido los mejores de mi vida porque la vida normal dispersa y disgrega nuestra personalidad, y sólo cuando lo que parece persecución acaso es, en realidad, premio, nos saca de esa rutina disgregadora y nos concentra en nosotros mismos, sólo entonces sabemos cómo somos. Yo no digo ahora “decíamos ayer” con el solo designio de suprimir generosamente diez años de silencio y proseguir el mismo camino de antes. Diez años, para la teología de Fray Luis de León, eran casi un segundo; pero en la vida de una ciencia como la nuestra son muchos más años que diez. La medicina crece más de prisa que nosotros mismos y seguir como ayer equivale, no ya a detenerse, sino a cambiar hacia atrás. Es, pues, inexcusable que en lugar de repetir así pasivamente “decíamos ayer”, pensemos en lo que estaba bien y lo que estaba mal de todo aquello y, en lo posible, para no proseguir diciendo lo mismo, sino para decir otras cosas. **U**

Las descripciones biográficas de Marañón suelen ser como la personificación de una pasión o de un carácter, biológica y psicológicamente comprendidos.